

[EDITORIAL]
[DE EL NUEVO DÍA]PUERTO RICO ANTE
EL ESPEJO DE HAITÍ

En Puerto Rico, donde hasta ahora hemos navegado con suerte, vivimos bajo la impresión de que cataclismos como el que ha sufrido Haití les tocan sólo a los otros, lo que nos ha llevado principalmente a una postura de superficialidad y de falta de compromiso en términos de asumir nuestra propia fragilidad.

Sin embargo, junto a la solidaria movilización general con que la Isla ha respondido para ayudar a mitigar el dolor de los hermanos haitianos, los puertorriqueños debemos vernos en el espejo de esta catástrofe para revisar nuestros criterios de planificación, nuestros códigos de construcción, nuestro trato a la Naturaleza y, sobre todo, nuestra irresponsabilidad tanto ante la abundancia como ante las limitaciones.

Hay que admitir que, no de ahora tras la devastación del vecino, sino desde hace años, los científicos y especialistas del País se han volcado en advertirnos -sin que les hagamos caso- que debemos estar preparados para enfrentar un gran terremoto y consecuencias como las de un tsunami.

Otros expertos, como ingenieros estructurales y planificadores, también se han dado a la tarea de remarcar nuestra vulnerabilidad en lo referente a estructuras urbanas y rurales. Nada que no sea el azar ha impedido que un terremoto fuerte ocurra en Puerto Rico. Hasta hace pocos años, los mayores que presenciaron el terremoto de 1918 contaban de un escenario estremecedor, impensable para las generaciones actuales. Y eso que por aquel tiempo, todavía, San Juan y la mayor parte de la zona rural estaban bastante despoblados. Ese de 1918 fue el último gran terremoto. Pero el País tiembla con frecuencia: de tres a cuatro temblores leves cada día.

—Dilapidamos el tiempo en otros asuntos y no nos enfocamos, como es debido, en el uso que le damos al suelo; en la manera en que podemos reforzar escuelas y hospitales y en la forma en que vamos a responder -y eventualmente a sobrevivir- si se produce un terremoto como éste de Haití.

El presidente del Colegio de Ingenieros y Agrimensores de Puerto Rico, Miguel Torres Díaz, ha afirmado que varias organizaciones trabajan en la actualización del Código de Edificación para la Isla. Dicho código no se toca desde hace más de diez años, lo que resulta asombroso si se tiene en cuenta que ha sido precisamente en la última década cuando se han recopilado más datos científicos respecto a la posibilidad de un terremoto y el alcance que podría tener su contraparte marítima, el tsunami. La directora de la Red Sísmica de Puerto Rico, Christa Von Hillebrandt, sostiene que la mitad de las estructuras en la Isla no cumplen con el actual Código de Edificación.

La escasez de controles y supervisión desde el Gobierno, la poca atención que se les presta a las peculiaridades del terreno y la falta de educación sobre los peligros de la construcción improvisada -sobre todo en los asentamientos rurales- devienen en una bomba de tiempo.

El geomorfólogo José Molinelli plantea que un terremoto similar al de Haití puede ocurrir aquí. Y, ante la posibilidad de que el epicentro se ubique en el mar, subraya el peligro de que se siga autorizando la construcción en las costas.

Aparte del dolor solidario que nos inspira, la tragedia haitiana nos hace ver que estamos en la misma zona y a merced de las mismas placas tectónicas.

Más aun, nos debe llevar a respetar los códigos y normas de construcción y zonificación y a ser responsables con los recursos que tenemos, recursos que muchas veces no apreciamos o que simplemente destruimos con nuestro egoísmo y con nuestras controversias pequeñas de cada día.

BUSCAPIÉ



YARA LICEAGA

Flema

El tubito de plástico amenazaba cada vez más con rasgar las paredes interiores de la garganta y esa mujer no lo soportaba. Ella sabía que aquel ardor que poco podían expresar sus noventa y tantos años sólo le avisaba que lo que le esperaba era una gastrotomía y el destino desplegándose. Succionarle la flema era tan incómodo que no lo permitiría. Aquel tubito plástico era una maldición de sabría Dios qué macabro orden. Levantaba las manos una fuerza que no correspondía a su decaimiento. Pronto dos personas estarían en el procedimiento, quien aguantase sus brazos para evitar que entorpeciera el proceso y quien succionara.

La habitación olía a hospital porque lo era. Bajo aquella luz, se condensaban los pensamientos de la mujer, cansada ya de tanta batalla y ese terrible tubito amenazándola cada ciertas horas. El diagnóstico no era bronquitis, pero la flema estaba allí. Espesa, como consumiendo al cuerpo entero, llevándose en su viscosidad.

La habitación comenzaba a parecerle familiar después de tres semanas. Un día relativa lucidez y otro de absoluta desconexión, la llevaban por los días que se sucedían con tanta normalidad que daba asco.

Y de súbito el suelo truena. Las paredes como gargantas laceradas se quiebran y se echan abajo, todo se convierte en un caos sobre el caos. Como en los antiguos relatos de Manuel que nadie entendía, Haití se derrite estruendosa, surgen en la miseria otras maneras de nombrar el dolor. En el agobio de las horas, la incomunicación era la capital como una boca sedada.

Lejos de tubitos o personal de enfermería, sueros o máquinas de resucitación, el país requiere que se te aparezca en la memoria unas cuántas veces al día, con todo el horror que supone pensarlo imágenes crueles de sus más de cien muertos, sucediéndose tipo documental. Saca tiempo para descubrir todo lo que tienes para compartir. Llévalo todo al centro de acopio más cercano. O más lejano, ¿qué te cuesta?

■La autora es periodista.